

VIDA Y POLÍTICA, DE HEGEL A DELEUZE

Julián Ferreyra
Universidad de Buenos Aires – CONICET
eljuliferreyra@gmail.com

Mi postura en torno al debate acerca de la biopolítica ha sido exageradamente tajante: rechazar la deriva que hace énfasis en una interpretación del concepto de “vida” como clave de la política y sostener a capa y espada la deriva que interpreta a la “biopolítica” como el nombre de un mecanismo, un dispositivo, una técnica de poder bien específica, que ha sido un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo¹. Estas páginas ofrecen una postura más flexible. En efecto, si bien sigo sosteniendo que la biopolítica como mecanismo es un concepto fundamental para comprender la manera en que funciona nuestra sociedad contemporánea (el capitalismo como relación de producción trabajo/capital, que no depende de aparatos extrínsecos que la sostengan sino de mecanismos de poder que le son intrínsecos), también he estado pensando que el debate en torno al concepto “vida” no debe ser abandonado. Desde la publicación de *Homo Sacer* de Agamben en 1995, las plumas de Derrida, Esposito y tantos otros se han inclinado por esta vertiente, trayendo al debate variados espectros, en una lista indefinidamente abierta, ya que el concepto de vida puede rastrearse en los más diversos nombres y corrientes del pensamiento filosófico a lo largo de nuestra historia. Entre otros males de esta deriva deben contarse entregar el pensamiento político a las garras del heideggerianismo y el uso de “una vida” como inmanencia de Deleuze como criterio o norma para las formas de vida –gesto paradójicamente dócil a exigencias de corte kantiano de universalidad y neutralidad,

1. Cfr. J. Ferreyra, “La existencia: el *valor* de «una vida...» deleuziana”, *Instantes y Azares. Escrituras Nietzscheanas*, a. 11, n° 9, 2011, pp. 227-236.

con toda la ineficacia e indiferencia hacia los conflictos concretos de la existencia que eso implica. Indignado por un devenir tan abstracto de los tan concretos desarrollos foucaultianos sobre los mecanismos de poder biopolíticos, es que me había decidido yo a mirar para el otro lado.

Pero ni Agamben, ni Esposito, ni Derrida, ni su vasta influencia sobre el pensamiento contemporáneo se han mostrado dispuestos a dejarse matar con mi insignificante indiferencia. Por lo tanto, inicio con estas páginas la “vuelta larga” que implica reinterpretar el concepto de “una vida” deleuziana y tratar de entrever de qué manera puede reconectarse con la política concreta. La beatitud puede estar más allá del bien y del mal, el punto de vista de Dios donde todo compone con todo al infinito puede ser indiferente respecto a los sufrimientos de los modos finitos que luchan por sus pellejos, pero tampoco puede uno alegremente llamarse deleuziano y resignarse a una brecha ontológica insondable entre la sustancia y los modos. Mala inmanencia sería esa. De alguna manera el pensamiento de una vida de pura inmanencia, el pensamiento del campo virtual poblado de Ideas deleuzianas debe podernos asistir a la hora del pensamiento político. No en forma de una norma abstracta universaloides a lo Esposito, no como meras herramientas extrínsecas al problema de nuestra existencia, pero sí de alguna manera bien concreta que, tarde o temprano, habría que poder concebir –o abandonar, como tantos otros antes que yo, la pretensión de una política deleuziana.

En estas líneas quisiera solamente esbozar la hipótesis que guía los primeros trazos de esta “vuelta larga”, que a la hora de comprender el sentido de estas Ideas es provechoso contraponerlas con el concepto de Idea tal como lo construye un supuesto archi-enemigo de Deleuze: G. W. F. Hegel. Archi-enemigo, por cierto, por cuestiones que tienen que ver con la lógica del movimiento de su sistema, básicamente, el círculo del retorno (*Rückkehr*). Pero aquí tomaré a Hegel más bien como superamigo, en tanto nos ofrece algunas distinciones provechosas para evitar pensar el concepto de “vida” en Deleuze.

En la *Fenomenología del espíritu* encontramos el concepto de vida bastante pronto, pocas páginas antes del apartado más famoso (ese sobre el señor y el siervo). Allí el proceso de la vida es el calmo medio universal, indiferente ante las determinaciones concretas que pudieran surgir en su seno. Las diferencias infinitas flotan, indiferentes en ese río de la vida, como miembros dispersos, cabeza sin cuello, brazos sin hombro, ojos sin frente: “a ese río de la vida le es indiferente cuál

sea la naturaleza de los molinos que mueven sus aguas”². Esta vida es ciega a las Ideas y las formas; en su seno, las relaciones son extrínsecas: puro azar y contingencia. Los hombres, atrapados en su corriente, son pobres diablos luchando por sus pellejos. Esta vida indiferente es lo que subyace, creo yo, a la interpretación de Kojève, y que lo llevará a postular un fin de la historia y el triunfo del *american way of life* como desenlace inexorable de la *Fenomenología* (en páginas de su *Introducción a la lectura de Hegel* que Agamben traerá al debate sobre la biopolítica en *Lo abierto*). Creo que, tanto Esposito en forma apoloética como Derrida en forma crítica, leen la vida como inmanencia en Deleuze en esta clave. Y ese es el riesgo que hay que evitar a toda costa.

Yo prefiero pensar, entonces, siguiendo al pie de la letra el párrafo final de la *Fenomenología*, que lo que allí se anuncia es un estadio o una forma más alta. Incluso para la vida. Y ese estadio aparecerá en las páginas de la *Ciencia de la lógica*. Allí nos reencontramos con la vida, pero reubicada estructural y conceptualmente. Es la primera (y a mi entender más rica y fascinante) fase de la Idea. En la Idea de la vida la materia no es en ese estadio atomístico, no es un conglomerado de partes; la multiplicidad (*Mannigfaltigkeit*) no es extrínseca y ciega, necesitada del enlace del intelecto. En la Idea de la vida, la objetividad está cargada de concepto. La realidad (*Wirklichkeit*) ya no se contrapone al concepto: “la exterioridad ahora es inmanente a la vida”³.

Creo que este es el camino a recorrer para pensar el concepto de “una vida” como pura inmanencia en Deleuze. “Una vida” como inmanencia no es un concepto inefable o indeterminado, sino que adquiere su plena determinación en las Ideas diferenciales que Deleuze presenta en *Diferencia y repetición*. Pensada como un campo poblado de Ideas, la vida sigue siendo indeterminada (está en ese sentido efectivamente más allá del bien y del mal) pero es *determinable* a través de las formas que guían el proceso de “actualización”. La vida no es un calmo medio universal donde las relaciones extrínsecas se ahogan en la indiferencia, y tampoco una norma abstracta universal. Es inmanente a los cuerpos que la actualizan, siguiendo formas específicas de acuerdo a las cuales lo indeterminado es determinable. El capitalismo es una de tales formas. La existencia política no es un conglomerado atomístico de individuos extrínsecos, vinculados por el azar de los en-

2. G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, trad. W. Roces, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 172.

3. G. W. F. Hegel, *Ciencia de la lógica*, II, trad. R. Mondolfo, Buenos Aires, Solar, 1968, p. 494.

cuentros, sino una materia que no se distingue de las Ideas que guían sus determinaciones. Afortunadamente para los que no nos resignamos al triunfo del *american way of life*, la vida no se agota en una Idea y su actualización. El capitalismo no agota lo posible, si en lugar de postular, como Hegel, una única Idea de necesidad eterna⁴, concebimos una multiplicidad de Ideas que forman parte de un proceso de constante producción. Se abre la posibilidad de pensar Ideas sociales alternativas, con sus mecanismos, técnicas o dispositivos propios. Ese es el desafío bien concreto que nos deja la bio-política, arrancándonos de la tranquila calma con la que nos tientan las normas universales y abstractas.

4. O, también, podría pensarse la Idea hegeliana como el campo de immanencia en el interior del cual las diferentes determinaciones conceptuales se desarrollan eternamente (en la multiplicidad que Deleuze llamará Ideas): “la idea es ella misma la dialéctica que separa y distingue eternamente lo idéntico consigo de lo diferente, lo subjetivo de lo objetivo, el alma del cuerpo, etc., y sólo así es ella eterna creación, eterna vitalidad y espíritu eterno [...]. En el interior de la idea, la *determinación* del concepto es sólo el concepto mismo; una objetividad en la que él en cuanto universal se prolonga y en la que únicamente tiene su propia y total determinación”, G. W. F. Hegel, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, trad. R. Valls Plana (modificada), Madrid, Alianza, 1997, pp. 285-286.